

— «Hé allí tu víctima, D. Alvaro!.... ¡el momento de la expiación ha llegado!.... ¡preparate!.... ¡yo soy tu sombra!....»

El marqués, todo trémulo y acongojado pareciéndole que aun la tenía delante, volvió á cubrirse la cara con las manos y se dejó caer medio desfallecido en un sillón.

La marquesa le miraba con gesto despreciativo.

Varias parejas comenzaron á bajar al jardín; habia concluido el vals.

—Alvaro, levántate, le dijo con rábia su esposa; sacude esa pesadilla, y si anhelas conservar mi aprecio, no vuelvas á mostrar á mis ojos esa estúpida cobardía.

—¿Si la hubieras visto tú?

—Yo no veo visiones.

—Esta era una realidad; una sombra.....

—Vaya si digo yo bien que deliras..... una realidad y una sombra..... son dos cosas opuestas; no sabes lo que te dices.

—Te aseguro que era esa muger.....

Señalaba de nuevo al retrato.

—Pero si esa muger ha muerto.

—Entonces era su sombra.

—¿Tú has visto aquí una muger que se parece á ella?

—Sí, acabo de verla arrodillada ante el retrato de mi primo.

—¿Sería su hija?

—¿Alejandrina?

—Sí: sabes que desapareció de aquí como por encanto y no hemos vuelto á saber de ella; acaso se haya introducido en nuestra casa.

—No; Alejandrina era rubia, muy delgada..... muy blanca.....

—Pero hace quince años que la viste; y en este tiempo ha podido engruesar:

—Mas no cambiar el color de los cabellos y el de la tez.

—¿Quién sabe!.... ¡quién sabe!... yo estoy en la idea de que aquella diabólica criatura no ha muerto, y el mejor día aparece á darnos guerra.

—Aun estoy asombrado al considerar cómo escapó de nuestras

manos. La encerramos en el gabinete; quedó el pestillo corrido; ella por dentro no pudo abrir porque tú le encontraste cerrado como le dejamos; el gabinete ¡no tenia otra salida, ni balcon por donde arrojarle; ¿cómo pudo salir? ¿quién la sacó? esto es maravilloso. Han transcurrido quince años, ni viva ni muerta ha parecido por ninguna parte; ¿qué ha sido de ella? ¿quién la salvó de nuestras manos? ¡Ah! cualquier cosa daría porque arrancases esta duda de mi alma.

—Alguna persona que hubiera en la casa, dijo la marquesa.

—Estaba desierta; yo por mi mano cerré las puertas y la registré antes de asesinar al marqués.

Al decir D. Alvaro estas palabras, resonó un suspiro en un ángulo del salon.

Los dos esposos se estremecieron, y mucho mas al escuchar una voz sepulcral que dijo:

—¡Yo le vengaré!....

La marquesa, mas animosa que su esposo, corrió á la puerta á ver si alguien los escuchaba.

Don Alvaro la siguió temblando.

Ni un alma se veía en la galería; toda la concurrencia estaba en el jardin y en los salones del piso principal.

Un momento antes de aparecer la marquesa en la puerta de la sala de los retratos, desapareció en lo alto de la escalera que conducía á las habitaciones de las niñas una figura blanca, aérea y vaporosa como una sílfide.

Tránsito se hallaba en su tocador, cuando su doncella anunció á una señora que deseaba verla.

Presintiendo que sería Blanca, á la que estaba aguardando para bajar juntas al salon, la mandó pasar.

Un instante despues se encontraban solas abrazándose con efusion.

—¿Eres tú, Blanca mia? ¿cuánto te quiero!.... permite que te trate con tan dulce franqueza.

—¡Ah! sí; como gustes; mas déjame descansar!....

La jóven, ahogándose de emocion, cayó medio desfallecida en un sofá.

—¿Estás enferma?... Llamaré á mis doncellas....

—No; ven aquí; esto pasa pronto.

Tránsito alargó á su amiga un vaso de agua y un frasquito de esencia, con lo cual se repuso en seguida.

—Tengo que pedirte un favor, dijo Blanca con voz debilitada.

—Cuanto pidas, si está en mi mano, lo haré.

—Pues bien, deseo que nadie sepa aquí que nos conocemos.

—¡Es imposible!....

—¿Por qué?

—Cuando bajemos al salon, me preguntará mamá tu nombre...

—Y mi clase, interrumpió Blanca.

—Claro, dijo Tránsito con sencillez.

—¿Y qué la responderás?

—La verdad; que eres mi amiga.

—Que soy una oficiala de modista, á la cual distingues con tu amistad, y que sin títulos para ello, tiene la audácia de presentarse en una reunion aristocrática. Cuando tu mamá se haga esta reflexion, te reñirá agriamente y me mandará arrojar á la calle por los lacayos.

—Tienes razon; y no habiamos previsto este inconveniente; ¿qué haremos?

—Callar, presentarte tú sola, y cuando estén en lo mas agitado de un vals, me presentaré yo en el salon, doy una vuelta, veo la perspectiva que ofrece, y me marcho, sin dar lugar á que nadie me conozca ni pregunten mi nombre.

—Entonces bajas tú sola, y me haces un favor; no me gustan esas reuniones, y te acompañaba por complacerte, nada mas. Desde este salon hay un corredor que comunica por medio de una puerta secreta con las habitaciones de mi mamá; toma la llave; por aquí puedes entrar y salir sin que te vean, y satisfacer, sin esponerte á un desprecio, un capricho que yo creo muy natural, porque nunca has asistido á esta clase de bailes.

—Sí, dámela; ahora preludia la orquesta un rigodon, voy á bailarle, ¿á que no sabes con quién?

—¿Con mi papá?

—No por cierto; con D. Severo.

—Has elegido mal; nunca baila.

—Yo le obligaré; ya verás.

—Pues mira, será curioso; y solo por reir un poco, voy á bajar; ya que estoy vestida, me divertiré.

—Pues has el favor de mandármele hácia la puerta por donde voy á salir.

—Al momento. Adios; no tienes mas que seguir el corredor, á la derecha está la puerta secreta.

—Gracias, ¡yo la buscaré!

Tránsito se dirigió al salon. Su llegada se calificó de sorpresa y se celebró con ruidosa alegría.

Bien pronto tuvo pareja para el rigodon.

El marqués y la marquesa se colocaron á un lado; faltaba una pareja enfrente de ellos.

La música preludiaba, y la atencion de la concurrencia estaba fija en las parejas del centro que iban á bailar el rigodon.

—Allí le llaman á V., D. Severo, dijo Tránsito al ex-fraile, viendo á Blanca entre la colgadura de un balcon.

Se acercó muy tranquilo, creyendo encontrar á una conocida; al ver á Blanca, se quedó aterrado; la conocia por el retrato, y acababan de decirle el marqués y la marquesa lo que habia pasado.

—Vá V. á bailar conmigo, y silencio, asesino del marqués; ¡usurpador de bienes agenos!... le dijo al oido y con enérgico acento la jóven.

La estrambótica figura de D. Severo, al lado de la gallarda y arrogantisima hermosura de Blanca, formaba un contraste muy original, que llamó desde luego la atencion de los convidados.

Con un esfuerzo marcadísimo le arrastró hasta colocarse enfrente del marqués y de la marquesa.

Las demás parejas rompieron; empezaron las figuras y se confundieron unos con otros.

—¡Qué jóven tan hermosa!... decian unos.

—¡Parece una reina!

—¿De dónde ha salido? preguntaban otros.

—¡No se la ha visto en toda la noche!... ni nadie la ha presentado, ¿quién será?...

—Pues D. Severo no baila con ella de buena gana; ¡vá temblando!..... añadía una vieja.

—Y la marquesa la mira con espanto, dijo otra.

—Pues una belleza tan peregrina, mas enamora, que espanta, repuso un jóven.

Entretanto el rigodon seguía; el marqués y la marquesa se veían obligados á tocar su mano cuando la figura lo exigía, y á sostener la mirada enérgica y tierna de la hermosa jóven.

Cuando sus lábios estaban próximos á ellos, les decía con voz cavernosa:

—¡Asesinos! ¡asesinos!... ¡me vengaré!...

Al propio tiempo apretaba la mano de D. Severo como con una tenaza.

Los tres estaban mas muertos que vivos, se miraban con espanto; con las facciones desencajadas, lívido el semblante, contraindos los músculos, bailaban como por máquina, sostenidos por una agitacion febril.

La música cesó de repente.

El rigodon habia concluido.

La marquesa y D. Severo se animaban mutuamente con sus miradas; pero el marqués no tuvo fuerza para resistir, y al último contacto de la jóven, que se despedía, cayó al suelo sin sentido.

Nadie supo á qué atribuir aquel accidente, ni la estremada turbacion de la marquesa.

—¡Se ha puesto malo!... decian unos.

—¡Será el calor!... repetian otros.

—O le habrá fascinado la dama blanca, repitió un tercero, denominando así á la jóven por ignorar cómo se llamaba.

Llevaronle á su cuarto; la confusion creció con aquella ocurrencia, y merced á ella, pudo Blanca escapar por la puerta secreta, sin que nadie la viera. Llegó al cuarto de Tránsito, se puso su abrigo, y bajando al jardin rápidamente, abrió la puertecilla, y montando en el coche que la esperaba, desapareció, sin que nadie la viera.

CAPÍTULO VI.

Secretos de la marquesa.



ERIAN las ocho de la noche.

En un precioso gabinete decorado con gusto y elegancia, hallábanse reunidos el conde, Guillermina, Zoa y Senen.

—Os he prometido, hijos míos, una revelación y voy á cumplir mi palabra, dijo la señora de Mendoza haciendo sentar á su lado en la otomana á los dos jóvenes.

—Escucharemos á V. con placer; pero sin impaciencia dejaremos el relato para otro día si aun se siente V. fatigada por el suceso de anoche.

—Me afectó seguramente y he pasado el día cavilosa: y en verdad, que no era el caso para menos. Vi delante de mí, en aquella blanca y misteriosa aparición, á la misma marquesa, tía de mi esposo, tal y conforme la conocí hace veinte años.

—¿Y V. la vió morir, Guillermina? preguntó el conde.

—Morir no; porque yo era entonces una niña; mas acompañé á

su hija Alejandrina, y estuve con mi mamá en la casa hasta que se llevaron el cadáver.

—¡Oh! ¡es particular!.... y yo juraría que he visto aquella muger muy léjos de aquí, en América.

—La singularidad fué su modo de presentarse; nadie la anunció, nadie la vió entrar, hasta que la miramos ejecutando las figuras del rigodon con una perfeccion rarísima y llevando tras ella como á un autómeta, al estrambótico D. Severo.

—¿Y no visteis la turbacion, el espanto de la marquesa y del marqués?

—Sí; mas le comprendo sin gran esfuerzo; ellos conocieron lo mismo que yo á la difunta marquesa, y al verla delante de sí, nada tiene de particular su asombro y su terror.

—Pero eso es una cosa inverosímil; los muertos no vuelven sobre la tierra, dijo el conde, y no quiero haceros la injusticia de creerlos alucinada!....

—No creo en apariciones, amigo mio; pero aquí debemos confesar que esto es una cosa sobrenatural.

—Sorprendente, porque no ballamos la esplicacion.

—Todos los enigmas tienen su clave, y este la tendrá también, á no dudarlo.

Un criado entró en el gabinete y presentó á la señora una carta en una rica bandeja.

—¿Quién la ha traído? preguntó.

—Un lacayo del señor marqués de Blancarosa.

—¿Aguarda contestacion?

—Sí, señora.

—Está bien; retírese V.

El criado salió.

Guillermina, aproximándose al velador donde estaba la magnífica lámpara que iluminaba el aposento, leyó lo que sigue:

«Mi querida amiga: anoche tuvo lugar en mi casa un suceso rarísimo, pero grave, trascendental y cuya consecuencia tiene á mi esposo postrado en el lecho del dolor.

» En el estado de angustia, de temor y de dudas, he pensado

que V. podría, ayudada por sus recuerdos, esclarecer nuestro pensamiento.

» Su esposo de V., D. Lucas de Mendoza, era sobrino de los marqueses, nuestros antecesores, y esta familia con V. y la suya se trataban con íntima cordialidad, por este motivo he creído y me atrevo á suplicarla se digne concederme una entrevista lo mas pronto posible, pues quizá de sus aclaraciones resulte para nosotros la completa tranquilidad que necesitamos.

» Queda de V. su apasionada y constante amiga

La marquesa de Blancarosa.»

—¿Hace mucho tiempo que trata V. á la marquesa? preguntó el conde á Guillermina cuando hubo concluido la lectura de la carta.

—La he tratado siempre; mas nunca con intimidad; ¿por qué me hace V. esa pregunta, amigo mio?

—Porque Cristina Guanter es una muger bastante peligrosa; y no conviene su amistad á ninguna señora honrada.

—Tengo entendido algo; y no se me oculta que es muger de historia; voy á contestarla y hablaremos.

Guillermina se acercó á una mesita de escritorio, tomó un pliego de papel con su blason y sus iniciales, escribiendo en él:

«Señora Marquesa: en contestacion á su atenta, que he visto con placer, debo decirle; que me presto con gusto á cuanto pueda contribuir á esclarecer la verdad, desterrando de su mente infundados temores y contribuyendo al completo restablecimiento del marqués.

» Al efecto, mañana de dos á cuatro de la tarde pasaré por su casa, si antes de esta hora V. no me ha favorecido con su visita.

» Con este motivo se ofrece de V. con el mayor respeto, su apasionada amiga

Guillermina San Juan de Mendoza.»

—¿Qué le parece á V., conde? dijo la jóven leyendo en voz alta lo que acababa de escribir.

—Muy bien; solamente que V. tiene acaso las mismas dudas que ellos.

—Pero no sus creencias; yo en la aparicion de aquella dama no

veo nada sobrenatural; y en cuanto á su semejanza con la marquesa, la creo una cosa casual. Esto es lo que pienso decirles.

Guillermina cerró la carta, la timbró con su sello, y llamando á un criado, se la entregó.

Luego, volviéndose á sentar en la otomana, dijo al conde con cierta curiosidad:

—Cuénteme V. lo que sepa de la marquesa; necesito conocerla á fondo.

—¿Sabe V. muy bien que hace muchos años faltó de España?... dijo el conde como preguntando.

Guillermina le contestó con una afirmacion de cabeza.

El conde continuó:

—Pues bien, esa muger tuvo en parte la culpa de mi precipitada marcha, así como de la desgracia de un íntimo amigo mio á quien no he vuelto á ver.

Ella era hija de un artesano honrado de una antigua ciudad de Castilla la Vieja. Mi amigo fué empleado á esta ciudad, y al tomar posesion de su destino, llevó consigo á su esposa y á sus hijos.

Conoció por casualidad á Cristina, y no pudiendo resistir á sus atractivos, se enamoró ciegamente de ella, hasta el punto de olvidar sus deberes de padre y de esposo. De tal manera le fascinó con sus encantos, con sus coqueterías, que le obligó á dejar el pueblo donde estaban, y preparando la fuga, se vinieron á Madrid, sueño dorado de aquella muger infernal.

Una vez en Madrid, en este mar inmenso donde todo cabe y todo se oculta, Cristina tuvo otro amante, que mas rico ó mas galan que mi amigo, logró conseguir sus favores, en perjuicio ó en beneficio del otro, porque así que se apercibió de la infidelidad de Cristina, volvió á buscar á su esposa y á sus hijos, que le recibieron como debian con la indignacion en el alma y el desprecio en el corazon.

Su infeliz esposa, á consecuencia de los disgustos que le ocasionó su fuga, estaba espirando, y tuvo el sentimiento de verla morir en sus brazos; sus hijos le miraron con horror, apartándose de él desde aquel instante como de una serpiente venenosa.

Desesperado, medio loco mi amigo, volvió á Madrid y se propuso vengarse de la infame muger que le habia robado la felicidad y el amor de su familia.

A todo esto yo como jóven, calavera y sin mucha reflexion, habia contraido relaciones amorosas con una al parecer cándida y hermosa jóven llamada, segun ella, Rosita.

Orguloso de mi amor y no teniendo secretos para mi amigo, quise que conociera un dia á mi amada. Al efecto se presentó cuando estábamos solos en una casita que yo habia alquilado en Carabanchel.

Figuraos cuál sería su sorpresa al reconocer en Rosita á la misma Cristina Guanter, la amante infiel que, no contenta con abandonar á sus ancianos padres arrojando sobre sus cabezas un padron de infamia, le obligó á que dejase su destino, su familia y sus hijos en la mayor miseria, para buscar con ella en la corte una felicidad que terminó muy pronto, olvidándole por otro; y en el espacio de breves dias dejó aquel nuevo amante por mí.

Y á todo esto Cristina entonces solo contaba quince años, y era una gran maestra en el arte del fingimiento.

No os diré lo que á mi amigo se le ocurrió y las crueldades que pudo inventar para castigarla; lo cierto es que si le dejo, la mata de una manera lenta y horrible. Me compadecí de su juventud, de su dolor, y sobre todo de sus lágrimas y la defendí con todas mis fuerzas, pudiendo conseguir de mi amigo que se contentase con despojarla de sus magníficos cabellos, que eran en verdad su mejor adorno.

Nos marchamos, dejándola sola, horriblemente mutilada y con una cicatriz en la oreja izquierda, hecha con un hierro candente, para que fuese siempre conocida.

Yo, aburrido y llena el alma de hiel por aquel desengaño que lastimó profundamente mi corazon, salí de España resuelto á recorrer el globo antes de volver á ella.

He cumplido mi propósito.»

El conde calló, fatigado sin duda por sus recuerdos.

—¿Y cómo ha sabido V. que la marquesa es aquella Cristina que V. amó?

—Por la fisonomía, que no he podido borrar nunca de mi mente.

—¿Tanto la amaba V.? dijo Guillermina con una imperceptible espresion de celos.

—El amor que sentí por ella desapareció con su liviandad; pero quedó un secreto entre nosotros que nunca pude olvidar.

Guillermina no se atrevió á insistir.

El conde, sin embargo, continuó diciendo:

—Cuando he vuelto á Madrid, asistí á una reunion y la encontré; queriendo reconocerla, la invité para un vals, y aprovechando un momento en que los rizos de su cabellera oscilaban á impulso de la agitacion que sentiamos, descubrí la cicatriz, y sin poderme contener, la dije:

—Ya te encontré; tú eres aquella muger que amé en otro tiempo..... ¿te acuerdas? ¿me reconoces?

—Sí; pero calla, por Dios; entonces era una pobre infeliz; hoy tengo un esposo, una posicion y un nombre ilustre; soy la marquesa de Blancarosa.

—¿Y cómo has adquirido todo eso?

—Cuando me abandonasteis tu amigo y tú, viéndome perdida, entré de doncella en una casa; el señorito era jóven, se enamoró de mí; yo, escarmentada de lo que me habia sucedido, me fingí una jóven muy virtuosa, y cayendo en el anzuelo, se casó conmigo. Ese es mi marido. Entonces estaba dependiendo de un pariente suyo; pero despues murió y nosotros heredamos su título y su fortuna.

Sin saber por qué, en el acento, en el modo de espresarse Cristina comprendí que su vida encerraba un misterio y que sus riquezas no han sido adquiridas de buena manera; por eso he preguntado á V. si la trata con intimidad y las noticias que tenga de esa familia. »

—Diré á V. lo que sé; pero antes permítame hable dos palabras con mis sobrinos.

Guillermina se levantó, y acercándose á Zoa y á Senen, que se

habian retirado delicadamente por no escuchar la conversacion que su protectora sostenia con el conde, les dijo:

—Hijos míos, por esta noche fracasa la revelacion que os anuncié; tengo que hablar con el conde; podeis retiraros á vuestro cuartito ó permanecer aquí, como querais.

—Nos marcharemos á dar una vuelta por el jardin, y si nos lo permite V., volveremos despues á darla las buenas noches.

—¡Ah! sí; con mucho gusto.

Guillermina besó á Zoa en la frente, apretó cordialmente la mano á Senen, volvió á sentarse cerca del conde, los vió salir y luego desaparecer entre los árboles del jardin.

—¿Por qué los despide V.? si no podian oirnos, ¡son tan prudentes, tan nobles y tan buenos ambos!....

—¡Son dos ángeles!.... y antes de amargar su vida con una triste revelacion, quiero confiársela á V., para que con su sábia experiencia me ilumine indicándome la senda que debo seguir. Antes concluiremos con la marquesa, porque con su historia podré enlazar la mia.

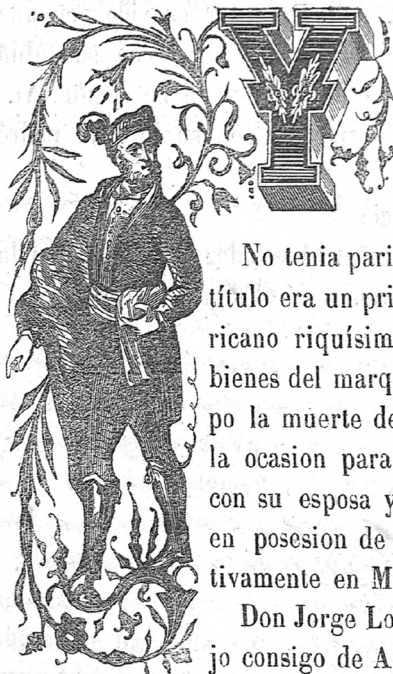
—Escucho á V. con impaciencia.

Guillermina, colocando un brazo en el velador y la frente en la mano, habló de la manera que diremos en el siguiente capítulo.



CAPITULO VII.

Confidencias.



o era una niña, tendría escasamente seis años, cuando murió en un desafío el marqués de Blanca-rosa; era un solteron viejo, pero muy enérgico y decidido.

No tenía parientes cercanos; el heredero de su título era un primo en tercer ó cuarto grado, americano riquísimo que para nada necesitaba los bienes del marquesado. Sin embargo, cuando supo la muerte del marqués, le pareció favorable la ocasión para visitar nuestra España y se vino con su esposa y una niña de pocos meses. Entró en posesión de su herencia, instalándose definitivamente en Madrid.

Don Jorge Lopez Mendoza, así se llamaba, trajo consigo de América á un sobrino suyo, huérfano y confiado á su custodia, que andando el tiempo fué mi esposo.

Guillermina no pudo reprimir un suspiro.

Además estaba en la casa D. Alvaro Perez, pariente también del difunto marqués, pero más lejano que D. Jorge, y en el cual debía

indudablemente recaer el marquesado, faltando éste ó su hija, que es lo que sucedió.

La marquesa, que era una bellísima americana, sin mas defecto que su color moreno, casi bronceado....

—¿Igual que la aparicion de anoche?.... dijo el conde interrumpiendo á la jóven.

—Exactamente; aquella blanca figura es un retrato de la marquesa, que murió repentinamente al poco tiempo de encontrarse en Madrid.

—¿Y su muerte fué natural?

—Lo ignoro.

—¿Andaba ya Cristina en la casa?

—Sí; porque recuerdo que D. Alvaro vivia con su familia en la casa contigua á la del marqués y estaba por entonces recién casado.

Guillermina, despues de una pausa:

—El marqués estuvo medio loco por la pérdida de su esposa, encontrando consuelo únicamente en su angelical Alejandrina, preciosa niña de siete años, que era un vivo retrato de su madre, diferenciándose únicamente en el color de la tez y de los cabellos, pues la marquesa era morena con cabellos negros como el terciopelo, y Alejandrina blanca y rubia como el oro.

Nosotros éramos la familia que trataba con mas intimidad al marqués, por eso nos encontramos allí cuando la muerte de su esposa, y tuvieron lugar mis amores con Lucas de Mendoza, su sobrino, que á eleccion suya seguia la carrera militar.

Corrió el tiempo, y aunque mis padres conocieron que Lucas era un calavera, no pudieron vencer mi obstinacion; yo estaba enamorada, me propuse en hacer el casamiento, y se hizo por mi desgracia el dia 16 de Julio de 1834.

El marqués y Alejandrina, que tendria entonces doce años, asistieron á mi boda, retirándose antes del baile por sentirse aquel un poco indispuesto.

No los volví á ver, ni á él ni á su hija, y sin embargo los tengo siempre presentes.

En aquella noche y en el siguiente día el cólera se desarrolló de una manera inmensa; mi padre murió; mi madre agonizaba, y yo, medio loca de dolor y de angustia, gemía junto á su lecho, sin tener otro consuelo en aquellas horribles circunstancias que la presencia y el amor de mi esposo.

¡Ay! ¡estaba escrito que tambien esto me habia de faltar!....

No bastaba la homicida plaga, que hacía millares de víctimas, era preciso que en aquellos momentos supremos cuatro malvados, infames sectarios de D. Carlos, alterasen la tranquilidad pública, llevando la alarma y el espanto por la capital, y la agonía y la muerte á los conventos, blanco de sus iras y base de impía revolución.

Entre las muchas personas que tenían comprometidas, una fué mi esposo; pero un compromiso tan grave, tan formal, que de todas maneras estaba perdido, siguiéndoles al motin ó quedándose en la casa.

Yo procuré esto último con todas mis fuerzas, lloré, me desesperé, le supliqué por mi amor; todo en vano; le hice arrodillarse ante el lecho donde mi madre agonizaba, y ni sus amonestaciones ni mis ruegos fueron bastante á separarle de aquella pendiente fatal que le conducía al abismo.

Sus amigos estaban allí insultándole con su gesto despreciativo, con su sonrisa de desden..... ¡infames!.... Ellos me le arrebataron, ellos me dejaron viuda á los dos días de casada.

Lúcas era bueno y me amaba; mas le hirieron en el amor propio, despertaron sus malos instintos y no hubo remedio, ¡se marchó!....

—¿Y no habeis vuelto á saber de su paradero?

—Ni una palabra.

—¿No hay un indicio por leve que sea?....

—Nada, absolutamente nada me revela su existencia.

—¡Es pasmoso!....

El conde quedó pensativo.

Guillermína prosiguió:

—Aquel rudo golpe que destrozaba mi corazón, aceleró los cor-

tos instantes de vida que restaban á mi pobre madre, y tuve el punzante dolor de verla morir en mis brazos, sola, sin un amigo, sin una mano caritativa que sostuviese mi ánimo desfallecido.

En aquel día de prueba aun tuve que sufrir una emocion mas; pero de distinto género que las otras.

Cuando en medio del silencio, de la espantosa soledad que me rodeaba, me arrodillé á rezar ante el cadáver de mi madre, se me presentó un hombre, un mendigo haraposo, según pude juzgar por su trage, y entregándome dos niños de corta edad, una niña y un niño, me dijo:

—Traigo á V., en nombre de la caridad, estos dos niños; son huérfanos, han perdido del cólera á toda su familia y no tienen mas amparo que la tumba ó los brazos de V.

Aquello era una compensacion á todas mis desdichas, un don del cielo, dos ángeles que el Señor me enviaba para mi consuelo.

Así lo comprendí, y abriendo los brazos, los recibí con amor, dándoles en mi corazon un lugar preferente como si fueran mis hijos.

—¿Zoa y Senen? murmuró el conde.

—Ellos son; ¿cómo les revelo este secreto? cuando sepan que son unos pobres huérfanos recogidos por caridad, cuando comprendan que no son mis sobrinos, ¿qué dolor tan intenso será el suyo? Esta noche quise que asistieran á esta conferencia; pero despues no he tenido valor.

—Es preciso que lo sepan; ¡hay que buscar á su familia, á sus parientes!....

—¿Si hasta ignoro sus verdaderos nombres!....

—¿Cómo! ¿aquel mendigo no os dijo á qué familia pertenecian?

—Quise interrogarle sobre ello; mas me entregó una carta de mi esposo, y cuando acabé de leerla, habia desaparecido.

—¿Luego os escribió despues de su fuga?

—Sí: el complot que tenian fraguado entre unos cuantos conspiradores fracasó como obra suya; descabellado proyecto de unos calaveras como mi esposo y el gefe que los guiaba, D. Geroncio Maravillas. ¿Le conoce V.?

—Un poco.

—Pues bien; tuvieron que escapar, huyendo de Madrid; Maravillas y sus compañeros ingresaron en la faccion; mi esposo ignoró á dónde le conduciría su destino; nada pude comprender por su carta, que se reducía á lo siguiente:

«Estoy en salvo; me persiguen; mas ya no pueden alcanzarme. Adios, esposa mia, perdóname y no maldigas mi memoria. Parto á lejanos climas á esconder en ellos mi confusion y mi vergüenza, al mismo tiempo que la desdicha de haberte perdido.

»Adios, adios..... hasta el cielo.

»Tu esposo,

Lúcas de Mendoza.»

—¿El era americano?

—Sí; sobrino del marqués de Blancarosa.

—Claro está que se marchó á su pais.

—Tal pensé desde luego, y pasados los primeros dias de dolor, quise informarme de su tio; pero desgraciadamente habia muerto del cólera el mismo día que mis padres; su hija Alejandrina le siguió á la tumba, y D. Alvaro con este motivo entró en posesion del marquesado que por derecho le pertenecia. Aquí tiene V., amigo mio, referida en breves palabras la dolorosa historia de mi vida.

—Bien triste por cierto y que demuestra en V. la paciencia de una santa, cuando ha pasado quince años en la tristeza y el aislamiento mas completo.

—¡He sufrido mucho!....

—Lo creo; y ya es hora de que cese el dolor, y abriendo su corazon á la esperanza, goce V. con la perspectiva de un porvenir mas risueño.

—¡Ay! ¡imposible!.... el recuerdo de mi esposo vive indeleble en mi corazon.

Guillermina se oprimió el pecho con la mano.

La mirada del conde, lánguida, dulcísima, amorosa, se fijó en aquella noble criatura fascinándola por completo y deteniendo dos lágrimas abraçadoras que iban á brotar de sus ojos.

—¡Oh! ¡cuánto vale el amor de V.... Guillermina! dijo el conde con un acento tan triste, tan vago, que hizo estremecer á la jóven.

Transcurrieron algunos segundos de un silencio doloroso; al fin, sobreponiéndose á su emoción, dijo sin atreverse á levantar los ojos del suelo:

—Y bien, amigo mio, ¿qué me aconseja V.?

El conde comprendió la intencion con que lo decia, ahogó un profundo suspiro y contestó con el acento mas tranquilo del mundo:

—Yo dejaria ignorar á esos niños su desgracia.

—Pero vendrá un dia en que tendrán que saberlo.

—Cierto; y acaso no esté lejano; pero entretanto son felices y no amarga su tranquila dicha un pensamiento sombrío.

—¡Es verdad!.... esperemos, pues.

Entretanto, vea V. á la marquesa, y yo me ocuparé en otros negocios relativos á V.

—¿A mí?....

—O á su esposo; al amor de sus amores. Procuraré averiguar el paradero de ese venturoso mortal que ha merecido de V., á pesar de su incalificable conducta, un amor tan firme, tan infinito, que aun despues de quince años de ausencia, vive en su alma indestructible y poderoso como el primer dia.

—¿Y conseguirá V. lo que yo no he podido conseguir en el espacio de tanto tiempo?

—Quizá sea mas afortunado.

—¡Dios lo quiera!....

El conde, viendo que Guillermina se habia quedado pensativa, se levantó, cogió su sombrero y se preparaba á salir.

—¡Se vá V.!.... exclamó con sentido acento.

—Sí; la dejo con sus recuerdos y me alejo para que no la importune mi presencia.

La penetrante mirada del conde fija en ella, la hizo ruborizar. Bajó los ojos y calló.

No tuvo valor para detenerle, ni aun siquiera con un signo; sin embargo de que lo deseaba ardientemente.

Resentido y con el corazón lleno de dolor por aquello que él llamaba helada indiferencia, el conde volvió á inclinarse con galante cortesanía.

—A los piés de V., señora, murmuró.

—Adios, amigo mio, hasta mañana; nos veremos, ¿no es verdad?

—Como V. guste.

Se inclinó de nuevo y salió murmurando:

—¡Su amigo!.... ¡su amigo nada mas!.... ¡cuando me abraso de amor!.....

En el vestíbulo encontró á los dos niños.

—Señor conde, ¿se va V.!.... ¿cómo tan pronto?.... exclamó Zoa con adorable candidez sin ocultar su sentimiento.

—Sí, hija mia, ¡tengo que hacer!

—¡Qué lástima! ¡se pasan las horas tan agradablemente al lado de V.! y esta noche apenas hemos disfrutado de su compañía.

—Ya volveré, hija mia; tú eres muy amable.

—Le aguardaremos á V. mañana para el desayuno.

—¿Quieres tú que venga?

—¡Oh! sí, sí, lo deseo.

—Entonces vendré. Adios.....

—Buenas noches, señor conde, dijeron los dos jóvenes afectuosamente.

—¡Qué bueno es el conde!.... ¿no te parece, Senen? dijo la niña á su hermano.

—Es un bellissimo sugeto; yo le quiero muchísimo, sin saber por qué.

—A mí me sucede lo propio, y con una particularidad, que sufro cuando está triste, repuso Zoa.

—Esta noche lo estaba, ¿has advertido?

—Sí, por eso lo digo.

La inesperta jóven, al dirigirse al gabinete de Guillermina, iba diciendo entre sí:

—¡Por qué se me oprimirá el corazón al ver la tristeza del conde, lo mismo que cuando me llama *hija mia*!

A Zoa sin saberlo la sucedia igual que al conde al oirse llamar

amigo por Guillermina. Ambos dictados les repugnaban porque sus corazones sentían de otra manera.

La graciosa niña, que no sabía ocultar sus impresiones, entró preocupada en el cuarto de su protectora.

—¿Qué tienes? la preguntó ésta.

—No lo sé; yo venía alegre, tanto, que cantaba con Senen un trozo de zarzuela; pero hemos encontrado al conde y me ha dado pena.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—Nada de particular; me ha prometido venir mañana á desayunarse con nosotros; pero iba triste..... ¡muy triste!....

Guillermina murmuró entre sí:

— Con ella tan expansivo; conmigo tan frío, tan circunspecto..... ¡ah! sí, no me equivoqué, la ama..... hice bien en no detenerle..... ¡que nunca conozca cuánto le amo!.... y sin embargo, hay momentos en que sus miradas, sus palabras, su aire conmovido, todo en él respira amor!....

—¡También V. está triste..... querida tia!.... exclamó Zoa notando la distracción y las entrecortadas frases de la de Mendoza.

—No lo creas; estoy preocupada, nada más; no hagas caso, retírate á descansar, que es muy tarde.

—Y yo me quedo acompañando á V., dijo tímidamente Senen.

—Gracias, hijo mio; también puedes retirarte.

La señora los besó en la frente, según costumbre que conservaba desde la niñez.

Empero aquel beso en la frente del joven fué un dardo agudo que penetró en su corazón.

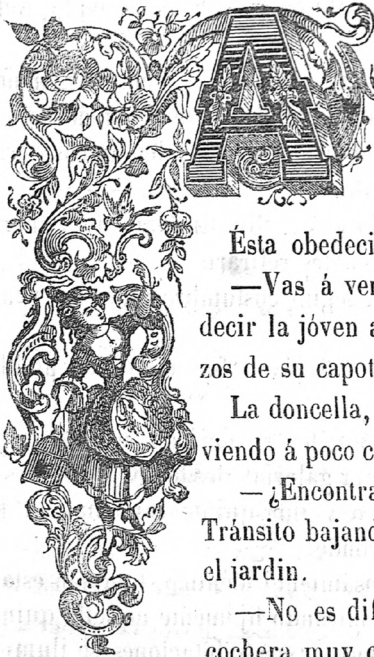
Se alejó con su hermana tristemente, la dejó en su cuarto, y luego fué á situarse en un sitio de la galería, desde donde se descubría una gran porción de terreno y una quinta inmediata á la suya, que era donde habitaba el conde.

Guillermina, animada de un pensamiento idéntico, también estaba en la balastrada de su balcón, mirando fijamente aquella quinta donde ya debía estar el conde, porque sus habitaciones se iluminaron de repente.

Zoa, sin saber darse cuenta de por qué lo hacía, también abrió su ventana y las miradas de los tres en el silencio de la noche se dirigieron á un mismo punto.

CAPÍTULO VIII.

Citas.



LAS seis de la mañana ya estaba Tránsito vestida con un sencillísimo traje de color claro.

—Dame una capota con velo, dijo á su doncella.

Ésta obedeció.

—Vas á venir conmigo; prepárate, volvió á decir la jóven atándose delante del espejo los lazos de su capota de paja de Italia.

La doncella, sin replicar palabra, salió, volviendo á poco completamente arreglada para salir.

—¿Encontraremos pronto un coche? preguntó Tránsito bajando la escalera que comunicaba con el jardin.

—No es difícil, contestó la doncella; hay una cochera muy cerca de aquí, y esta es la hora en que se preparan para ir á ocupar sus puestos.

Efectivamente, apenas salieron á la calle, se presentó un tres por ciento con el indispensable tarjeton *Se alquila*.

A una seña de las jóvenes, se detuvo.